

trabajos sean conocidos por lo que pueda importar para nuestra historia literaria, acordó hacer esta segunda edición, reproducción exacta de la primera, siendo de advertir que conforme á la invitación referida, se incluyeron en la Antología composiciones de autores muertos y vivos, así mexicanos, como extraños que hubiesen residido y escrito en México.

RESEÑA HISTÓRICA DE LA POESÍA MEXICANA.

LA ocupación de la ciudad de México por Hernán Cortés y sus aliados indígenas, puso término á la monarquía azteca, y consumó virtualmente la conquista de los vastos dominios que en el Nuevo Mundo se incorporaron á la Corona de España. Suceso de tal magnitud tenía que envolver fecundas consecuencias; pues no sólo se trataba de las creces y poderío que en el orden político lograba la nación española, sino, lo que era más importante, de los gérmenes de civilización cristiana arrojados en estas remotas regiones; de la expansión de una de las razas más nobles y vigorosas de Europa; de la creación de sociedades que más tarde vendrían á convertirse en naciones soberanas, informadas por el mismo espíritu de libertad y de progreso que tantas maravillas ha realizado y sigue realizando en el Viejo Mundo. Parece que el gobierno español conoció intuitivamente la alteza de los deberes que había contraído, pues procedió desde luego á la organización de la colonia por medio de minuciosos regla-

mentos, encaminados á asimilarla á la metrópoli, sin olvidar como objeto principal de sus desvelos, todo lo relativo á la conversión de los pueblos conquistados, entendiéndose por tal conversión no sólo su entrada en el seno de la Iglesia, sino el inculcarles los principios de la civilización nuevamente planteada, y asegurar el patrocinio que, en cuanto fuera posible, los pusiese á salvo de la fuerza y tiranía de los conquistadores.

A realizar tan elevados propósitos fueron parte importantísima los evangélicos varones que á la Nueva España llegaron cuando todavía humeaban los restos de la ciudad debelada, y que en medio del desorden y la confusión consiguientes, dieron principio con ejemplar paciencia á sus meritorios trabajos, sin arredrarlos las dificultades y obstáculos de todo linaje con que tenían que tropezar en aquella situación caótica, dominada por la violencia y el desenfreno de las pasiones. Cuál haya sido la actividad asombrosa con que así en lo político como en lo material se desarrollara la sociedad naciente, cuyo seno abrigaba tan heterogéneos elementos, no es de este lugar el narrarlo, y sólo mencionaremos en lo que á nuestro asunto concierne, que la instrucción en sus diversos grados impartida á los indios y á los hijos de los dominadores, fué objeto de especial atención, como lo prueban los varios establecimientos á tal fin destinados y que se crearon á raíz de la conquista; la temprana introducción de la imprenta, y la creación de la Universidad de México.

Al movimiento literario y científico cuyo fondo era

constituído por los estudios oficiales de la época, se asociaron muy luego trabajos de elevada y peculiar trascendencia, pues junto á la Teología, la Filosofía y la Jurisprudencia, aparecieron el cultivo de las lenguas indígenas, la exploración de los monumentos, las indagaciones históricas, que forman el caudal más preciado de filólogos y anticuarios, á la vez que enriquecían con valioso contingente la Geografía, las ciencias naturales y médicas, etc., frutos opimos que sugieren alta idea de la actividad intelectual desplegada en aquellos días. Era natural que la bella literatura viniese á esmaltar con sus primores las arideces científicas, no sólo porque constituye un producto espontáneo de toda sociedad humana, en que el sentimiento y la imaginación buscan formas adecuadas para manifestarse, sino porque las dotes estéticas de los nuevos pobladores y las felices aptitudes de sus hijos, muy temprano reconocidas y admiradas,¹ no podían permanecer ociosas cuando menudeaban ocasiones para ensayarse bajo la dirección de hábiles humanistas que echaron los cimientos de la educación literaria. La poesía fué cultivada principalmente en tres distintas lenguas: latina, mexicana y castellana; y siendo esta última el objeto especial de la presente Reseña, nos limitaremos á indicar que en la primera aparecen nombres tan ilustres como Abad, Alegre y Landívar, y que los pocos documentos que nos quedan de la segunda, como cantares antiguos y obras dramáticas con asuntos de la historia eclesiástica, compuestos para instrucción de los indios, son bastantes para tener idea acerca de la importancia de ese ramo de la literatura

patria, que ofrece poderoso incentivo á la erudición moderna.

En cuanto al ardor con que era cultivada la poesía castellana en el primer siglo de la Colonia, hallamos un dato curioso en lo dicho por Balbuena, quien afirma que en fines de dicho siglo se habían celebrado tres justas literarias, y que en alguna "han entrado trescientos aventureros, todos en la facultad poética ingenios delicadísimos y que pudieran competir con los más floridos del mundo." Indudablemente que esto último envuelve una exageración; mas el solo hecho de competir un número tan crecido de versificadores, muestra con evidencia la grande afición que entre nosotros se tenía á este género de estudios. Por desgracia, de aquella copiosa labor poética nos ha llegado muy poco, y aun cuando no sea temerario asentar que una crítica exigente hallaría de escaso valor la mayor parte de tan exuberante mies, no es fuera de razón el suponer que en tal número de ingenios existieran algunos que á haber vivido en un medio más favorable á sus facultades, habrían producido obras que hoy serían gloria legítima de nuestra literatura; pero un destino adverso ahogó su inspiración antes de que pudiera abrir las alas, y sepultó en el olvido con sus obras prematuras los nombres mismos de los malaventurados autores.

A corroborar esta hipótesis vienen los dos ejemplos que en seguida citamos. ¿Quién no conoce el altísimo puesto que en el Parnaso Español ocupa el eminente dramaturgo Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza? ¿Quién no estudia y admira *La verdad sospechosa*, *Las*

paredes oyen, *Ganar amigos*, que valieron á su inmortal autor el ser colocado al igual de un Lope de Vega, de un Tirso de Molina, de un Calderón y de un Rojas? Pues bien; ¿qué hubiera sido del ilustre poeta mexicano si su buena estrella no le hubiera conducido á la metrópoli de la monarquía, donde un propicio ambiente literario fecundó su numen, haciendo que acreciese con verdaderas joyas el riquísimo tesoro dramático de que con justicia se enorgullece la patria de Cervantes? Fácil es decirlo: el mundo carecería de la obra maestra que inspiró la primera comedia francesa; el poeta filósofo habría malgastado su genio en fruslerías insubstanciales, y en unión de ellas su nombre habría alcanzado tal vez el mismo riguroso destino que la mayor parte de sus conterráneos. De mucha menos trascendencia, si no de inferior significación, es el segundo ejemplo á que aludimos. Fernán González de Eslava fué un escritor fecundo, cuyas poesías pertenecen en gran parte al género dramático bajo la forma de autos sacramentales. Estas obras, que fueron el encanto de nuestros antepasados, y que se leen todavía con gusto, pues poseen un mérito efectivo, habrían sin remedio desaparecido, si la mano piadosa de un amigo no las hubiese colegido y dado á la estampa, como un homenaje póstumo al autor, siendo sólo de sentirse que no se cumpliera la promesa de sacar á luz "las obras á lo humano." Al través de dos siglos y medio su buena fortuna ha seguido á González Eslava: el libro de sus versos había llegado á ser muy raro desde hace más de cien años; pero por una feliz casualidad, el ejemplar, único tal vez que existe en México, cayó en manos

del Sr. Don Joaquín García Icazbalceta, quien con el primor y esmero que acostumbra publicó una segunda edición, salvando así esas composiciones que por la circunstancia indicada estaban próximas á desaparecer enteramente.

Bien poco es, como antes dijimos, lo que del siglo XVI nos ha llegado; pero por esas raras muestras, mutiladas algunas, vemos que la naciente literatura colonial era un fiel reflejo de la escuela y del gusto dominantes en la península. Documento de valor inestimable, por ser el más antiguo que hasta ahora poseemos, es la descripción del Túmulo Imperial erigido en México para celebrar los funerales de Carlos V el 30 de Noviembre de 1559.² En esa obra curiosísima, debida á la pluma del Dr. Francisco Cervantes Salazar, figuran en gran cantidad las composiciones poéticas, así latinas como castellanas que adornaron el Túmulo, y aunque no se mencionan los nombres de los respectivos autores, que debieron ser varios, fácil es adivinar que por su cultura literaria no eran ciertamente inferiores á sus colegas de allende los mares. Otra de las obras que merecen citarse, es la tragedia intitulada *Triunfo de los santos*, representada el año de 1578 en la colocación de las reliquias enviadas por el Papa Gregorio XIII. La pieza, conforme á su título, "representa la persecución de Diocleciano y la prosperidad que se siguió con el imperio de Constantino." Fuera de los personajes históricos que en ella hablan, aparecen según el estilo de la época otros alegóricos, tales como la Iglesia, la Fe, la Esperanza, la Gentilidad, la Caridad, la Idolatría y la Crueldad. El argumento, bien desarro-

llado, mantiene el interés del principio al fin, y ofrece trozos de entonación poética dignos del asunto. ¿Quién fué el autor de esa obra? Lo ignoramos; pero quienquiera que haya sido, preciso es reconocer sus buenas dotes dramáticas, sin que merezca censura por haber incurrido en los defectos que en su tiempo afeaban esta clase de composiciones.³

Hija de la poesía castellana, la mexicana desconoció esa época de ensayos y tanteos que caracterizan la infancia de las artes; nació adulta, por decirlo así, con las galas y madurez que la fuente de donde procedía había alcanzado en la corte de los monarcas españoles. Los géneros cultivados aquí correspondían en un todo á los modelos que de allá nos llegaban; nuestros ingenios se inspiraban en los mismos ideales, y sus producciones ofrecían idéntico aire de familia, como una de las ramas que se sustentan con la savia del mismo tronco. Por lo demás, los poetas de la Nueva España no contenían su actividad en el círculo de composiciones fugitivas que sirven de solaz al literato, sino que alzaban el vuelo á más altas esferas, no arredrándolos el peso de la carga que se echaban á costas. Si fueron ó no felices en su desempeño, no es de este lugar el decirlo, pero la historia exige que apuntemos los trabajos de que tenemos noticias, por raras é incompletas que éstas sean.

De no escaso valor debió ser Francisco de Terrazas, cuando mereció ser elogiado por Cervantes Saavedra en su *Canto de Caliope*.⁴ Problema es todavía no resuelto, de cómo llegó el autor del *Quijote* á tener conocimiento del poeta mexicano, pues no se sabe que éste

haya impreso ninguna de las obras que hasta hace poco eran ignoradas por completo. Dejando, empero, esta cuestión, que tal vez se aclarará más tarde, diremos que en el *Ensayo de una Biblioteca Española de Libros Raros y Curiosos*, salieron á luz tres sonetos de Terrazas, y que en un antiguo manuscrito que posee el Sr. García Icazbalceta, se encuentran varios fragmentos de un poema épico intitulado *Nuevo Mundo y Conquista*, que quedó sin concluir. Ahora bien, por esas cortas muestras se ve que Terrazas versificaba con soltura, que manejaba con facilidad la lengua castellana, y que sabía dar interés y colorido á su narración, como lo prueba, entre otros, el bello episodio sobre el saqueo del pueblo de Naucol. En el manuscrito mencionado se encuentran, además, otros fragmentos anónimos con asunto semejante, que el Sr. García Icazbalceta conjetura que pertenezcan á Arrázola ó á Simón de Cuenca, poetas que vivieron en aquella época.

Contemporáneo de los referidos autores fué Don Antonio de Saavedra Guzmán, quien escribió un poema en veinte cantos, con el nombre de *El Peregrino Indiano*, publicado en 1599 y reimpresso en 1880. El autor obtuvo los elogios de varios ingenios españoles, entre ellos el célebre Lope de Vega, quien le llamó "el Lucano de Cortés," pues Saavedra Guzmán se propuso narrar en su obra las hazañas del conquistador de México, ajustándose á la verdad histórica. La crítica literaria no ha sido favorable á *El Peregrino Indiano*, si bien en su descargo puede alegarse el haber sido compuesto poema tan extenso durante los setenta días de navegación que hizo el autor al dirigirse á España

en fines del siglo XVI; circunstancia por la cual puede considerarse esa obra como una verdadera improvisación.

La predilección con que fué vista la Nueva España por los reyes católicos entre los dominios agregados á su corona aquende los mares, contribuyó sin duda á la importancia de esta Colonia, cuyo adelantamiento rapidísimo nos consta de pruebas fehacientes. Entre ellas, por lo que dicho queda, es elocuente testimonio el fervoroso culto de que fueron objeto las bellas letras en la metrópoli que se alzaba orgullosa sobre las ruinas de la antigua Tenochtitlán, siendo parte digna de recuerdo la presencia de ilustres ingenios españoles que enaltecieron el nombre mexicano y cooperaron en el movimiento con tan próspera fortuna iniciado. Entre ellos merece especial mención el célebre autor de *El Bernardo*. Traído muy joven, hizo su carrera literaria en un colegio de México, donde dió muestras de su precoz talento, y á la edad de diez y siete años ganó el premio en un certamen celebrado con ocasión de la fiesta del Corpus, en presencia del Arzobispo Don Pedro Moya y de otros seis obispos. Balbuena profesó amor acendrado á nuestra patria, de la cual trazó un cuadro bellísimo que viola tal vez las fronteras de la realidad, en su *Grandeza Mexicana*, y no pierde ocasión de ponderar la facultad poética de sus hijos, que "es como una influencia y particular constelación de esta ciudad, según la generalidad con que en su noble juventud se ejercita;" y todavía, al encarecer las maravillas de nuestra capital, se expresa en estos términos: "sus hermosísimas y gallardas damas, discretas

y corteses entre todas las del mundo: los delicados ingenios de su florida juventud, ocupados en tanta diversidad de loables estudios, donde sobre todo la divina alteza de la poesía más que en otra parte resplandece.”⁵

Eugenio de Salazar fué otro poeta español que nos ha dejado valioso testimonio sobre el entusiasmo con que la bella literatura era cultivada en la capital de la Nueva España. Nacido en Madrid hacia 1530, hizo sus estudios en las universidades de Alcalá y Salamanca, y se graduó de licenciado en leyes en la de Sigüenza. En 1557 casó con D^a Catalina Carrillo, de quien tuvo dos hijos, y después de desempeñar algunas comisiones en España, se encargó en 1567 del gobierno de Palma y Tenerife en las islas Canarias. Pasó de allí con el empleo de oidor á Santo Domingo, y luego con el de fiscal á la Audiencia de Guatemala. Con igual carácter se trasladó á México por los años de 1581, fungiendo más adelante con el de oidor. Fué autor de los emblemas y poesías para los funerales de Felipe II. En 1591 obtuvo el grado de doctor en la Universidad de México, y por último, Felipe III le nombró ministro del Consejo de Indias, plaza que servía en 1601: ignórase la fecha de su muerte. El mismo Salazar compendia en un soneto los principales sucesos de su vida:⁶ en cuanto á las obras de que fué autor, mencionaremos el *Argumento y recomendación*, en 34 octavas reales, á los *Diálogos militares* del Dr. Diego García de Palacio, impresos en México el año de 1583; varias cartas publicadas por la *Sociedad de Bibliófilos Españoles*, algunas de las cuales se encuentran en el *Epistolario*

español de Rivadeneira, y un grueso volumen de versos y prosa que se conserva manuscrito en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid. En el *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, se insertaron varias poesías de este autor: de ellas ofrecen especial interés para nosotros una *Descripción de la Laguna de México*, composición bucólica, y una extensa *Epístola al insigne Hernando de Herrera*. La pintura que Eugenio de Salazar hace de México en esta última producción es tan acabada y brillante como la ideada por Bernardo de Balbuena, y sólo nos fijaremos, por lo que á nuestro asunto concierne, sobre el pasaje relativo al cultivo de la poesía. De él resulta, en efecto, que los ingenios mexicanos se ensayaban en todos los géneros, desde el lírico hasta el heroico, desde el epigrama, la elegía y la sátira, hasta la comedia y la tragedia.⁷

Ahora bien; ¿cómo explicar la pérdida de aquella riqueza literaria, de que sólo nos han llegado pocos y mutilados residuos? He aquí las juiciosas observaciones que sobre el particular hace uno de nuestros más distinguidos escritores: “Al juzgar del movimiento literario en México durante el siglo XVI debe tenerse en cuenta que de los frutos del ingenio se malograron muchos. Unos quedaron manuscritos y se perdieron sin dejar memoria; otros, aunque impresos, corrieron igual suerte, y ni sus títulos conocemos: de algunos hay noticia, pero no se hallan: poquísimos han resistido á las calamidades de que han sido víctimas nuestros depósitos literarios. Las órdenes religiosas tuvieron desde el principio bibliotecas, y con ellas podían suplir los estu-

diantes la falta de la que debió tener la Universidad y no abrió sino muy tarde. Esas bibliotecas sufrieron continua destrucción por la polilla, las inundaciones, los robos, la incuria de sus poseedores, y más que todo por las frecuentes escaseces de papel, que provocaban á destruir libros viejos para venderlos á mercaderes y polvoristas: mucho pasó á tierras extrañas. Así ha perecido grandísima parte del tesoro que nos legaron los siglos pasados: así hemos dejado eclipsar glorias de nuestra patria, y nos vemos reducidos á trazar bosquejos imperfectos, en vez de pintar cuadros acabados y bellos.”⁸

Mayor número de obras y más cabales noticias de autores han llegado hasta nosotros, referentes al siglo XVII, durante el cual la poesía mexicana continuó con el mismo vigor de que en el precedente había dado señaladas muestras. Entre los documentos más curiosos de aquella época, pues da más acabada idea de la fecundidad poética de nuestros abuelos, hay que citar el *Triunfo Parténico* de Sigüenza y Góngora, colección de composiciones premiadas en los certámenes que se celebraban en las fiestas de la Inmaculada Concepción. Esas composiciones pertenecen á más de cincuenta poetas, y por tan crecido número puede conjeturarse el de los que competirían en la liza literaria. Siendo, por lo demás, ajeno de la presente *Reseña* detenernos en extensos detalles, nos limitaremos á citar los escritores más notables, tomando por guía la excelente obra del Sr. D. Francisco Pimentel.⁹

Francisco Bramón escribió *Los Sirgueros de la Virgen sin pecado original* (México, 1620); sobre cuya pro-

ducción dice Beristain: “Esta obra, dedicada al Obispo de Michoacán, D. Fray Baltasar de Covarrubias, es una fábula pastoral, parecida á la Galatea de Cervantes. Y por ser ya poco usada la palabra “Sirgueros,” quiero decir que significa “Cantos,” de la voz griega *Sír*, y esta es la etimología de la voz vulgar castellana Jilguero ó Xilguero.”

Matías Bocanegra, originario de Puebla, jesuita, muy estimado de virreyes y obispos por su ingenio é instrucción. Fué autor de una *Canción á la vista de un desengaño*, composición que alcanzó gran popularidad en el país, que se imprimió muchas veces y que imitaron varios poetas de los siglos XVII y XVIII. Compuso, además, *Descripción del viaje que hizo el Marqués de Villena por mar y tierra á México* (1640).

Luis Sandoval y Zapata, mexicano de ilustre familia, escribió *Poesías varias á Nuestra Señora de Guadalupe de México*. Dejó, además, otras varias obras que quedaron inéditas.

Juan de Guevara, natural de México y capellán del convento de Santa Inés. Gozó en su tiempo de gran reputación como poeta, lo cual le valió el honroso encargo de ser elegido secretario del certamen poético que en 1654 celebró la Universidad de México en loor de la Virgen María. Fué autor de las siguientes obras: segunda jornada de *Amor es más laberinto*, comedia de Sor Juana Inés de la Cruz; *Faustísima entrada en México del Virrey Duque de Alburquerque* (1653); *Certamen poético en elogio de la Concepción Mariana* (1654); *Centón de versos* para solemnizar la dedicación del templo del Hospital de Jesús, fundado por Cortés; *Poesías*